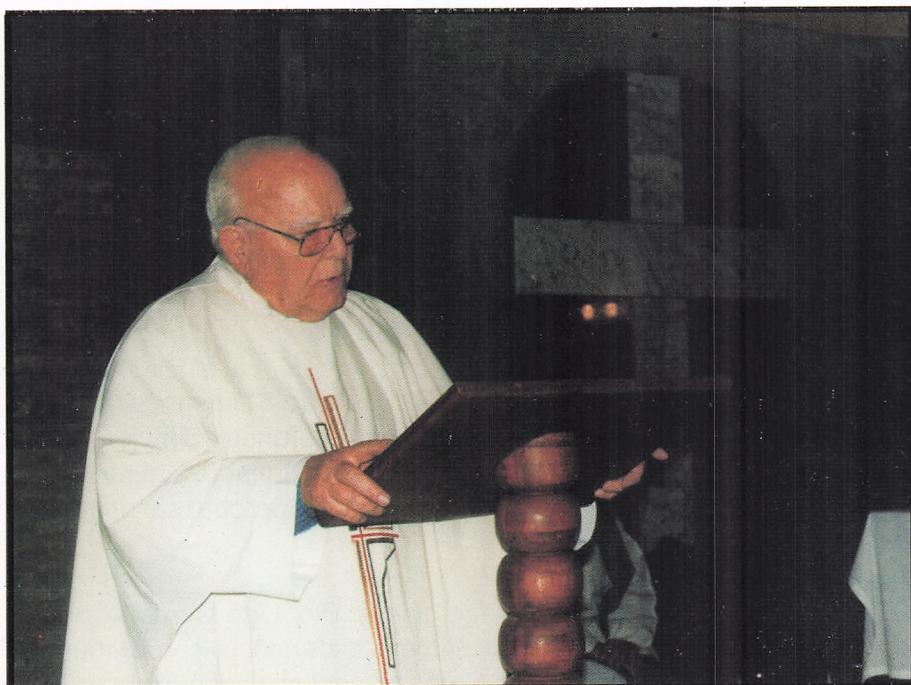


## INSPECTORÍA SALESIANA "SAN FRANCISCO JAVIER"

Vieytes 150 - Casilla de Correo 155  
8000 Bahía Blanca (Argentina)



## **PADRE BENIGNO ILDEFONSO ROLDÁN**

FALLECIÓ EN BAHÍA BLANCA EL 23 DE OCTUBRE DE 2002

**"CRISTO, TODO EN TODOS"**

Queridos Hermanos:

Esta carta debía haber salido mucho antes. Su elaboración sufrió muchas vicisitudes, pero es fruto del cariño y de una paciente recolección

de testimonios. A la distancia de un año de los acontecimientos, con profunda fe y alegría -no empañada por el dolor de la separación aún sentida-, la escribimos para compartir con ustedes que el 23 de octubre de 2002, cerca de las 23 hs., el muy conocido y recordado P. Benigno Ildefonso Roldán -Benigno para la Familia Salesiana, "Alfonso" para su familia de sangre- ha visto realizado su lema sacerdotal, porque se ha hecho "uno y todo" con el Señor Resucitado, y nos ha marcado el camino para que todos nos identifiquemos plenamente con Cristo, a quien El amó y enseñó a amar.

Fue un hombre bueno que pasó haciendo el bien en la medida de sus posibilidades, que *se tomó en serio* la vida, la consagración salesiana y el sacerdocio; por ello pudo irradiar esperanza y ser palabra de consuelo, moral y espiritualmente autorizada para cuantos lo conocieron.

## DATOS BIOGRAFICOS

Benigno había nacido en Moriñigo, Diócesis de Salamanca, el 9 de febrero de 1924. Fue el 1º de siete hermanos: 4 varones y 3 mujeres. De muy pequeño emigró con sus padres, Felicitas y Mariano, y algunos de sus hermanos hacia su querida y nunca olvidada Córdoba, su "segunda ciudad natal" por adopción.

Efectuó sus estudios primarios en el colegio Pío X, de Córdoba, entre los años 1935 y 1939. Allí hizo su primera experiencia con el mundo salesiano. Contento por la misma, optó por continuar con los estudios secundarios en el mismo colegio, de 1940 a 1944.

Habiendo decidido quedarse con los salesianos para formar parte de su Familia, efectuó el noviciado en los años 1942-43, en Los Cóndores (Pcia. de Córdoba). De ahí pasó al estudiantado de Bernal, para cursar la Filosofía. Fruto de la formación inicial, se graduó como Maestro Normal Nacional.

Con fruición solía contar anécdotas de su experiencia de tirocinante en Rodeo del Medio, en la escuela y facultad de vitivinicultura, en los años 1945-47. En ésa aprendió de salesianos de renombre en la materia - como el P. Oreglia-, el arte de reconocer y saborear un buen vino, sobre todo si era compartido en un asado familiar, en la comunidad o entre

amigos.

El inicio de 1948 lo encontrará en el Instituto Villada (Córdoba), para desarrollar los estudios de teología. Ese mismo año, el 15 de octubre, tuvo lugar su profesión perpetua, en Morón (Bs. As.). Inmediatamente se trasladó al estudiantado salesiano de Turín (“La Crocetta”), para continuar la teología. Allí recibió los ministerios del lectorado y del acolitado, el 1-I-49 y el 2-VII-49, respectivamente. En la Basílica de María Auxiliadora de Turín, recibirá el presbiterado de manos del Card. Maurilio Fossati, el 2 de julio de 1951.

Vale la pena recuperar aquí un fragmento de su carta de petición a la ordenación sacerdotal, pues nos permite captar un poco su corazón de pastor:

*“Dignidad [la del sacerdocio] que ayer veía como una meta gloriosa de alcanzary que hoy veo como una tremenda responsabilidad. No obstante ello, seguro de la ayuda Divina y de la protección validísima de la Santísima Virgen, Madre de mi vocación, espero ser fiel a los compromisos de tan sublime investidura”.*

Posteriormente permaneció en “La Crocetta”, para realizar estudios superiores, entre 1952-54, graduándose como Doctor en Sagrada Teología. Seguramente, los responsables de aquella época deben haber vislumbrado en Benigno las dotes de inteligencia aguda y perseverante en el trabajo intelectual, de lector apasionado y de docente de alma.

Con su fina sensibilidad, frecuentemente recordaba con cariño y admiración a muchos de sus profesores y compañeros y ponderaba los gestos de fraterna solidaridad experimentados, como la disponibilidad para pasar la tesis a máquina, de quien después fue el Cardenal Castillo Lara, o los partidos de pelota a paleta o alguna sanción injusta de la que providencialmente se había salvado por intercesión de alguno de los formadores.

El final de los estudios marcó su regreso a Villada, ahora como profesor y formador, tareas que desempeñó desde 1954 hasta 1966, poco antes del cierre de dicho instituto teológico. Paralelamente desarrollaba tareas de capellán militar y hasta realizó la escuela de paracaidismo, efectuando un tanto “ilegalmente” su salto de bautismo (lo que hoy parece bastante normal, entonces no lo era, al menos para quien llevase la investidura sacerdotal). Este es otro de los rasgos caracterizantes de

Benigno: su libertad de espíritu cuando estaba convencido de algo, su sentido de la justicia para defenderlo sin romper ni con la caridad ni con la obediencia, su ‘silenciosa picardía’ en el hacer las cosas y en el narrarlas muchos años después.

Este período estará entrelazado con sus vivencias familiares, pues “Alfonso” era muy “familiero”. Merece ser rescatada una experiencia contada por su sobrino Hugo:

“En la década del ’60, las fechas patrias como el 25 de mayo, el 20 de junio o el 9 de julio, se celebraban con mucha ansiedad, porque el “Tío Alfonso” nos invitaba a los festejos que realizaba la comunidad a la que asistía espiritualmente: el regimiento de infantería aerotransportada perteneciente al Tercer Cuerpo del Ejército Argentino, situado en camino a La Calera de la ciudad de Córdoba. Para nosotros que éramos niños, presenciar el desfile, ver aviones y cómo de ellos se desprendían puñados de soldados que se tiraban en paracaídas, era toda una fiesta, sin olvidar por supuesto el clásico chocolate caliente que se brindaba a todos. Y para “el cura” (como le decían solo sus hermanos) también era una fiesta, pues él gozaba como un chico tirándose” (en paracaídas).

Ante el cariz que tomaba la situación del Instituto Teológico de Villada, solicitó venirse a la Patagonia, su inspectoría también por adopción. Su primera obediencia fue Comodoro Rivadavia, donde transcurrió 28 años de su vida, alternando el trabajo en el Colegio Deán Funes (1967-80) y paralelamente en la Universidad San Juan Bosco de la Patagonia, el Colegio Domingo Savio (1981-1994), el Liceo Militar, sus muchos años como Capellán del Comando del Ejército (1967-1985 y antes en Córdoba) –tarea que le llevó hasta las Islas Malvinas durante el conocido conflicto bélico-, y su entrañable capellanía del barrio Saavedra, cuyo templo actual tiene en él uno de sus esforzados promotores, si bien nunca se sintió capacitado para emprender construcciones.

Durante su estadía comodoreño, se graduó en 1976 como Profesor en Filosofía y Letras. Al mismo tiempo ejerció como Profesor de Teología, Filosofía y Psicología en el Liceo Militar; Profesor de Teología y Literatura en el Colegio Deán Funes; Profesor de Teología y Ética Social y Política en el Colegio Dgo. Savio; Profesor de Teología y Sgda. Escritura en el Instituto Superior María Auxiliadora. Tuvo varias cátedras en el Colegio Perito Moreno (Profesorado de Enseñanza Primaria y Educación Pre-

Escolar) y, por supuesto, una vasta lista de cátedras en la Universidad "San Juan Bosco", como Teología, Sociología, Ética, Filosofía, Teología de la Educación, Antropología Cultural, etc.

La enumeración de cátedras, responsabilidades y tareas pastorales sería tediosamente larga, pero no podemos dejar de mencionar su labor como Rector de la Sección Nocturna –Práctica comercial y construcciones-, desde 1988 a inicios de 1995, en el Colegio Domingo Savio. En ella estaban sus predilectos: los muchachos más carenciados o con mayores dificultades socio-económicas. En medio de ellos y de los docentes supo regalar toda su bonhomía, a pesar del exterior aparentemente hosco, reflejo de su corazón de padre, educador y pastor. •

Ciertamente que el cierre de Villada, junto con la entrega de la Universidad San Juan Bosco de Cdro. Rivadavia -primero a la Diócesis y luego al estado Nacional-, fueron dos heridas afectivas que lo acompañaron toda la vida, aunque nunca albergó rencor por nadie. El hombre de pocas palabras para decir lo que pensaba, parecía encenderse y perder la noción del tiempo cuando revisaba la sucesión de los hechos acaecidos y dichas decisiones en la mesa comunitaria.



Podemos afirmar sin temor a exagerar, que buena parte de su corazón quedó en Comodoro Rivadavia, porque allí supo granjearse la estima de todos los que compartieron algo de la vida y la misión educativo-pastoral con él. Esto quedó evidenciado cuando, una vez trasladado a Bahía Blanca, algunos de nosotros visitaban dicha ciudad. Era innumerable la cantidad de gente que se acercaba a preguntar por su querido amigo Benigno. Tanto supo querer a la “Capital del petróleo” y a su gente que durante varios años no quiso volver a visitarla, pues temía sufrir demasiado al tener que volver a partir.

Desde el año 1995, su gran amigo el P. Rubén Hipperdinger, entonces Inspector, le encomendó la misión de ser el director de la comunidad salesiana del Instituto Superior Juan XXIII, servicio que asumió con gusto pero, al mismo tiempo, con cierto esfuerzo. Le apasionaba la idea de volver a ser docente en el nivel terciario, pero no le entusiasmaba tanto la responsabilidad fraterna que debía asumir como director. Y esto no por falta de entrega, sino por una casi excesiva humildad. Una y otra vez no dejó de “echárselo en cara” jocosamente a su amigo.

Allí desplegó su labor y puso a disposición de la comunidad educativa todas sus cualidades humanas, espirituales y sacerdotales. Poco a poco fue construyendo una nutrida red de amistades, compartidas con toda la comunidad salesiana.

Ahí permaneció aun después de concluir su período como director. Ahí celebró sus 50 años de sacerdote, en el 2001. Ahí lo encontró la Pascua definitiva, en la noche del 23 de octubre, rodeado por hermanos de sangre y de Congregación y por varios sobrinos, no sin antes haber dado un edificante testimonio de aceptación paulatina del seguimiento de Cristo crucificado, desde la fe sufrida, en su dolorosa enfermedad.

Sus restos, por expresa decisión de sus hermanos, descansan en nuestro panteón local, como ratificación de su deseo de venir a la Patagonia para dar la vida en ella y como nexo de unión entre su familia de sangre y la gran Familia Salesiana patagónica.

## SU PERSONALIDAD

El Padre Benigno poseía una rica y especial personalidad. De ella puntualizamos algunos rasgos:

## El Salesiano Sacerdote

En esta faceta del Padre Benigno nos ponemos en contacto con la persona de un profeta a corazón abierto que nos transparenta su grandeza y su debilidad; recorre su vida de pastor consciente de sus limitaciones, pero también con la firme confianza de que solamente Dios puede sostener y dar sentido a su existencia.

En la experiencia vocacional del Padre Benigno, hay un primer momento en que la imagen de Dios le viene regalada a través de su familia, especialmente de su madre, y de ella recibe la vivencia de Dios Padre como un poder benéfico. Así, en ocasión de sus 50 años de sacerdocio, en la entrevista de Adrián Mandará para "Pertenecer al Juan" (revista del Instituto Superior Juan XXIII), él mismo decía: "*En mi casa se vivía un clima alegremente religioso*", y luego agregaba: "*Gracias sobre todo al testimonio de mi madre, en el que se fue despertando y madurando mi vocación*". Y subrayaba como la mejor noticia de su vida: "*que mi madre con enorme sacrificio de mi padre asistiría en Turín ... a mi ordenación sacerdotal y primera misa*".

Pero no puede pensar en su existencia sin percibir, a la vez, que hay una iniciativa de parte de Dios; y vive la experiencia de una profunda primariedad, de la honda primacía del amor divino inclinado sobre su persona. En la misma entrevista agregaba: "*Uno nunca es digno de ser sacerdote y permanentemente está amenazado por la mediocridad... Pero yo debo ser un hombre de suerte, porque en estos años he sentido sobre mí una ayuda descarada de Dios que nunca agradeceré suficientemente. En fin, me siento un hombre como los demás, con sus luces y sus sombras, pero también un hombre invadido por Dios; ¡tan asustado de la misericordia de Dios como de mi miseria personal!*".

En esta perspectiva experimentó su vocación como un don total, en medio del cual, Dios le rebosa, le desborda. Dios va a ser su única seguridad, su única confianza y según sus propias palabras, "*la última razón de mi esperanza*".

Benigno se nos revela como el profeta de una religión del corazón en la cual todas las experiencias religiosas se iluminan por ese encuentro personal con Dios que se manifiesta como amor. Por eso su único sueño fue: "*ser sacerdote según el corazón de Cristo*".

Y asegura taxativamente que se hace sacerdote porque es Dios

quién lo ha aferrado en la hora decisiva de su historia personal; que le ha hecho comprender la identidad de Jesús y del carisma salesiano y le ha confiado la misión de proclamarlo en el mundo de los hombres que están lejos y perdidos: *“me encanta esta procesión de ir por las calles diciéndole a la gente que Dios los está amando”*.

Su vocación sacerdotal es su único y verdadero proyecto de vida y se manifiesta enamorado de su opción: *“me siento feliz y satisfecho y espero que esta alegría me dure siempre. El sacerdocio no sólo no me ha decepcionado, sino que ha crecido en mí de día en día. Con la vergüenza de serlo a medias. Con el entusiasmo de serlo”*.

En ese encuentro con Cristo quedaron afectados sus criterios de juicio, sus valores determinantes, sus puntos de interés, sus fuentes inspiradoras; en definitiva, toda su vida. Hubo una transformación de manera vital, en profundidad y hasta las raíces: *“del tiempo que yo tengo recuerdo, creo que nunca me he imaginado a mí mismo siendo otra cosa que sacerdote”*. Y en su homilía, con motivo de sus 50 años de sacerdote, afirmaba: *“el de mi ordenación sacerdotal fue el momento más alto de mi vida: el que dio sentido a todo lo pasado y a cuanto ha venido después. Y pasarán los años y los años, pero yo nunca olvidaré aquel 2 de julio de 1951 en que el Señor hizo en mí maravillas”*.

Hombre de oración y de una profunda sabiduría que ya no era sólo una erudición, sino sobre todo una sintonía con el proyecto de Dios. Fue para muchos signo de vida y de esperanza. La familia Farías de la comunidad cristiana del Barrio Patagonia (Bahía Blanca), así lo expresaba: *“Vamos a recordar siempre su sabiduría que nos enseñó a pensar y reflexionar... Fue un hombre de Dios, orgulloso de su consagración sacerdotal... En su alegría y cariño demostrado en cada eucaristía, nos entregaba su gran amor a Jesús y a María”*.

Su palabra sentenciosa, prudente, sabia, inconfundible era el fruto de tiempo y de sazón, de profunda reflexión. Conocía el momento oportuno para intervenir, como un precursor que abre el camino. El diácono permanente “Cacho” Giustozzi, de la comunidad antes citada, que disfrutó de su guía espiritual y de su amistad, atestiguaba: *“...con su notable claridad para discernir me marcó siempre el camino correcto que debía seguir; recuerdo una vez que lo llevaba en el auto para oficiar la Santa Misa, aproveché la oportunidad para plantearle un problema...; fue sorprendente, con cuatro palabras me brindó una solución realmente*

brillante, lo que provocó que me naciera decirle: Benigno, sos un sabio. A esto su respuesta fue: no soy sabio, soy prudente. Bueno, eso me hizo comprender que su prudencia y su humildad conformaban su gran sabiduría”.

*Durante mi curso diaconal, siempre estuvo dispuesto a brindarme sus profundos conocimientos, en algunas dudas que se me presentaban; no puedo olvidar las veces que cuando algo me explicaba, su mirada, por encima de los anteojos, escudriñaba mi expresión para saber si había entendido...”*

Este rasgo parece haberlo caracterizado desde siempre, pues su sobrina Gladis cuenta: “*Lo admirábamos por su espíritu emprendedor, desafiante ante las dificultades, comprensivo y comprometido, ya heredado de sus padres. Buena oreja y cauto consejero en nuestra adolescencia y juventud (todavía somos jóvenes!!) en las situaciones complejas o difíciles y tan empedernido alentador que nos empujaba a superar nuestras debilidades*”.

Su ardor salesiano, si bien reconocía haber profundizado poco sobre salesianidad, lo manifestó también en estos últimos años desde su opción por los pobres en Villa Serra (Bahía Blanca), como capellán de la Comunidad María Reina, donde sábado a sábado llegaba con gran alegría al corazón de niños y mayores y en donde supo contagiar el mismo amor a María como Madre, que vivía a diario. Allí, la presencia del Padre Benigno era experimentada como un regalo del Señor. Así lo recuerda Adriana Eberle, catequista de esa capilla: “*Cada sábado se fue ganando un pedacito más de nuestro corazón: cómo no tener presente que su humildad y el abandonarse en manos del Espíritu hicieron que su fuerza intelectual llegase aun a quienes no saben leer ni escribir... Y así se fue haciendo “uno de nosotros”; la comunidad lo aceptó, se lo “apropió”, y compartió con él las fiestas grandes de nuestra fe... Pero las celebraciones Marianas eran motivo de grandísima alegría para el Padre Benigno. Supo contagiarlos la devoción a María, y aún hoy pensamos que María era – para él – algo más que la mamá del cielo; que parecía su amiga, su hermana, su modelo de vida creyente...*

*Para nuestra comunidad, el Padre Benigno fue presencia de Dios entre nosotros, no sólo porque se trató de un sacerdote, sino porque fue amigo, capaz de sentir y dolerse con la pobreza de nuestro pueblo, pero con un corazón esperanzado en la redención”.*

Benigno poseía el enorme poder de la intuición penetrante, de la mirada limpia que cala en lo auténtico, en lo medular de las actitudes. Nos comentaba el Padre Benjamín Stochetti: *“Poseía un don de consejo nada común y una intuición aguda y certera que le permitía calar hondo hasta la autenticidad de las personas y rechazar instintivamente cuanto supiera a falsedad o acomodo”*.

Poco después de su fallecimiento, en una carta testimonial, Gabriel Asiaín de la misma comunidad del Patagonia, lo recordaba así: *“Lo que más nos conmovía era su fervorosa aceptación de su ministerio sacerdotal: enfermo, olvidadizo, cansado, amaba tanto su sacerdocio que lo volcó con creciente amor en nuestra comunidad. ¡Esos comentarios pícaros y risueños sobre las habilidades del coro! ¡Esa costumbre de bajarse del altar para dar la paz a todo el mundo!...; Y esas homilías tan llenas de afecto!”* Todavía recuerdo cómo nos conmovió a más de uno, aquella en que hizo referencia a su primera comunión... *“¡Qué hermosos cantos de amor!”*.

Sin duda, Benigno no se conformaba con “sermones” piadosos o con frases bonitas; ellos mismos eran y se hacían palabras desde su propia vida. En ellos hablaba Dios ¡y de qué forma!. Aún seguimos disfrutando del recuerdo de sus homilías en la iniciación de los ciclos lectivos y otras eucaristías en el Juan XXIII. En todas ellas aparecía la profundidad teológica del sacerdote. Su palabra se convertía en una afirmación intencionadamente provocadora; era un verdadero anuncio y denuncia. Por ellas desfilaban cuestiones éticas: el concepto del bien, de verdad y de justicia; del ser y del amor, entre otros.

La pregunta concreta de quién era Benigno, también nos lleva a encontrarnos con la persona que frente a variadas experiencias alegres y difíciles siempre tuvo un punto de anclaje: la fe en el Dios de la vida.

Experimentó continuamente en los últimos años, la añoranza de esa tierra que para él fue como la Tierra Prometida. Locamente enamorado de “su Comodoro”, de ese lugar y de su gente, debió ir superando sus recuerdos más vinculantes. Y, ya en su nueva comunidad, el Juan XXIII de Bahía Blanca, lo recordaba permanentemente: *“desde el punto de vista afectivo todavía estoy en Comodoro”*.

También supo de otros momentos de desalientos, de dolor, de pérdidas; momentos en que experimentó la desnudez que disuade de

ilusiones. Nos decía: “*Tuve dos grandes amores que vi fracasar con acerbo dolor de mi alma: el Instituto Teológico Internacional Salesiano “Clemente J. Villada y Cabrera” de Córdoba y la Universidad de la Patagonia “San Juan Bosco” de Comodoro Rivadavia... y sólo le pido a Dios que obras de tanta trascendencia educativo-pastoral y de tal envergadura resuciten un día como el ave Fénix de sus cenizas*”.

Y es en la experiencia final de su enfermedad en donde, a través del dolor, alcanza el vértice de su vocación. En su lecho de enfermo experimentó la tensión entre esa realidad, como camino hacia Dios, y su debilidad que, en muchas ocasiones, resultó enigmática y prefirió la soledad y el silencio antes que mostrarse así entre sus amigos y conocidos.

También apareció la imagen del pastor frágil, quebradizo como un niño, que sólo en los afectos de los más cercanos, especialmente de sus hermanos de comunidad, de los amigos y de sus familiares y, sobre todo, en el amor del Señor se robustecía.

Su hermano y director de la comunidad del Juan XXIII, en la homilía de la misa de despedida, vio en el Padre Benigno al sacerdote del Salmo 39, del “*aquí estoy para hacer tu voluntad*” en la vida y en la muerte. Destacó sus virtudes, su amor al sacerdocio y a la eucaristía, y a un Benigno que confió y proclamó al Dios misericordioso y leal.

Parafraseando el art. 54 de las Constituciones de los Salesianos decía: “*La partida de un hermano es una lección silenciosa de sabiduría, porque interpela acerca del para qué y del cómo; porque nos deja el legado de su existencia que cobra nueva luz al llegar al punto culmen. Y cuando llega la hora de dar a su vida consagrada la realización suprema, los hermanos lo ayudan a participar con plenitud en la pascua de Cristo. La esperanza de entrar en el gozo de su Señor ilumina la muerte del salesiano...*

Y finalmente agregó: “*en Benigno se manifestó el Dios que no niega su clemencia, el Dios que, como reza el salmo: ‘tu misericordia y tu lealtad me guarden siempre’, sin duda se le hizo cercano y palpable*”. El mismo Benigno se lo había expresado en los últimos días, cuando le preguntara cuáles eran sus experiencias más profundas de fe, a través de estas palabras: “*Dios me ha salvado la vida*”. “*Siempre me ha salvado la vida*”.

Su camino de educador le significó una larga itinerancia: Mendoza, Córdoba, Comodoro Rivadavia, Bahía Blanca, resignar lugares y escuelas y leer más de una vez esos hechos a la luz del proyecto de Dios.

La inquietud intelectual y religiosa de Benigno fueron las claves de su permanente contacto con la lectura, que pusieron de manifiesto su ser intelectual, su cultura amplia y su teología, sabia y prudente, basada siempre en un esquema renovado, cuya fuerza estuvo en la adhesión personal a Dios más que en el comportamiento moral.

En todo momento afloró la pedagogía de Benigno: en una cultura escéptica y en donde cunde el desánimo enseñó que es preferible la esperanza a la nostalgia. En su último viaje a Comodoro, les hablaba así a la comunidad del Colegio Domingo Savio: “*Les diría que sigan hollando... pisando las huellas señeras y luminosas de Cristo como siempre lo hicieron, que no se desanimen a pesar del contexto lamentable actual, porque lo último que se puede perder y se habría perdido todo, es la esperanza, y que sean optimistas*”.

Del resultado de su tarea educativa hablan muchos testimonios. Desde Comodoro, José Antonio Goyenechea, rector del Colegio Domingo Savio, nos decía: “*Le cuadraba perfectamente el título de “MAESTRO”... La docencia era su solaz y con su carisma singular... hizo de su vida profesión de sembrador. Sembró a raudales su sabiduría teológica entre los jóvenes... Sembró con generosidad ilimitada... y con la estética que siempre cuidó, su sabiduría filosófica, pedagógica y literaria en las cátedras universitarias y en el profesorado*”. Y más adelante escribe lo que el mismo Benigno le comentaba acerca de su experiencia docente en las clases de teología, particularmente de Cristología, en el Instituto Juan XXIII de Bahía Blanca: “*¡Cómo quedan cautivados los jóvenes por la figura irradiante de Jesucristo. Es que en verdad no es para menos. Quien trata de adentrarse un poco en esa personalidad tan divinamente humana y tan humanamente divina no puede menos que enamorarse de ella. Jesucristo magnetiza, fascina!*”.

A propósito, los alumnos de ese Instituto lo recuerdan como el “padre viejito” que les enseñó que la señal de Dios es siempre la cotidianidad y que así se lo transmitía; con su pasión por su equipo de fútbol de origen “santo”: San Lorenzo; su amor a la naturaleza: las

plantas, los pájaros, la geografía de su añorada Córdoba, las comidas bien preparadas y servidas. Les enseñaba que era necesario mantener los ojos bien abiertos (y él como buen observador lo sabía) para tratar de descubrir por dónde llega Dios. Así, a cada hecho diario, lo llenaba de un nuevo significado.

Bueno es recordarlo en las reuniones de capacitación en el Juan XXIII. Siempre sorprendía por su silencio y su gran escucha. No era extraño que su capacidad de retención y de observación adquirieran una fuerza comunicativa mayor y un valor más importante para ir al encuentro de la verdad desnuda, profunda: elevada en su oratoria, pero sencilla para el entendimiento; rica en humor, sagaz y penetrante; siempre cercana y, finalmente, siempre aceptada.

Su discurso ponía en evidencia el abanico de conocimientos y el manejo de un vocabulario amplio, elevado, elocuente. Se movía a un nivel didáctico lleno de vida, con frases cortas e incisivas; con objeciones que dejaban la puerta abierta para la intervención, la reflexión, la autocritica. Su voz tenía un acento de sinceridad y autenticidad. ¡Cuando Benigno hablaba atrapaba a la audiencia!

Talante de apertura a otras opiniones, talante de diálogo sin juicios previos indicaban su aceptación a otras formas de pensamiento. Su discurso no trataba de cambiar un sistema, pero sí de cambiar las conciencias, porque ese cambio desembocaba en el otro. Y como educador, entre los jóvenes, hacía hincapié en lo válido y lo inválido escondido en cada corazón.

Con motivo de sus 50 años de sacerdote, María Luisa Mediavilla, vicedirectora del Juan XXIII, decía: *“En honor a la verdad, es cierto que hay muchas personas ejemplares pero no son tantas las que se hacen notorias por su transparencia y simplicidad. Ante la plurifacética erudición de Benigno enmudece hasta el más reputado, sin embargo, no hay en él un ápice de engreimiento. Sin duda ha sabido unir: el talento de su inteligencia clara con el esfuerzo del trabajo, el estudio aplicado al desarrollo de una amplia cultura humanística y el celo de un apostolado ardiente en el que se desborda a raudales la profunda ternura de su corazón oratoriano.*

*Con total autenticidad ha volcado en su labor tesoros de sabiduría y virtud. Ha derramado por doquier su testimonio de hombre cabal: - suscitador y singular,*

- hábil para comprender y hacer emerger lo positivo de cuantos lo rodean,
- agudo para cuestionar y proponer,
- cauteloso y atento para ampliar y enriquecer,
- afable para dar consuelo y orientación.

*Su seriedad es la de la recta ordenación del pensamiento y de la vida, signo de convicción responsablemente asumida para:*

- distinguir y clarificar ambigüedades,
- resistir a las opiniones cristalizadas y vacías,
- discernir y defender con firme valentía lo verdadero,
- sembrar esperanza y acompañar con energía animadora.

*Su fina sensibilidad para el humor confirma lo que asegura el proverbio: “el corazón del sabio hace prudente su boca y añade gracia a sus labios (Pr. 16:23)”.*

### ***El Salesiano Amigo***

Más allá de Benigno sacerdote y educador está el ser humano cargado de grandes sentimientos, a veces tan ambiguos y escondidos, pero de esos sentimientos propios del amigo.

En medio de su enorme talento y sabiduría se aceptó y se presentó sencillamente humano. Supo cultivar la amistad.

Él mismo nos recuerda a su gran amigo, el Padre Antonio Villalba (sdb), y a su hermano de Congregación al que no va a olvidar: “el Padre David García”, su entrañable discípulo, (cuyo encuentro era “la pascua de Benigno”, según las palabras del Padre José Del Col), y a quien le adjudicó el mérito de regresar a Comodoro para compartir el festejo de sus bodas de oro sacerdotiales.

Los Cooperadores salesianos del Centro Juan XXIII lo percibieron cercano, acogedor, disponible, abierto, afectuoso. Recuerdan que “fue un tiempo de familiarizarnos, de sentir esa fuerza que nos vinculaba por los afectos. Para Benigno la amistad era como despojarse de lo que sobra, entrar a lo profundo del ser para sentarse junto al calor de la confianza.

*Hemos tenido la dicha de compartir retiros, momentos de oración, fiestas de cumpleaños, comidas afectuosas y alegres, matizadas con sus chistes machistas, con sus intervenciones jocosas, con su ironía profun-*

da. A su regreso de las vacaciones de verano en Córdoba, a veces prolongadas por su salud tan deteriorada, lo esperábamos para festejar su cumpleaños... Fueron momentos de sentirnos bien, de experimentar que es bueno sentirse hermano y compartir lo que se lleva adentro".

El Lic. Heriberto Santecchia, que compartió con él mucho tiempo en Italia y luego algunos años más en Bahía Blanca, lo describe así: "No sé si es mala memoria o memoria selectiva pero no recuerdo a Benigno enojado. Habrá tenido también él sus broncas y sus fastidios, pero tal vez los haya sabido manejar con esa agradable bonhomía que lo hacía rápido conquistador de afectos. Decididamente lo recuerdo alegre, "manso y humilde de corazón".

*Lo conocí a fines de 1951 y en Italia adonde yo había llegado para iniciar estudios teológicos. Mi estado de salud era deplorable por razones que no es el caso recordar. Benigno me acompañó con su simpatía, se interesó por mí. Con sincera buena voluntad me recomendó algunas terapias optimistas, como infusiones de unos yuyos poco menos que milagrosos y ese mate amargo en ayunas que parecía vitriolo, pero al que él atribuía infalible eficacia. Llegada la primavera me sentí bien, no por las sugerencias terapéuticas de Benigno, sino – entre otras cosas – por su cordialidad, su buen humor, sus proverbiales despistes, los acalorados partidos al frontón, los paseos semanales a "Superga" o a "La Maddalena".*

*Encontrar a Benigno, cruzar con él algunos comentarios o humoradas, era siempre una experiencia agradable. Entristece pensar que eso ya no sea posible".*

Otras cualidades del sacerdote amigo las podemos encontrar en las palabras de Susana Kerscher, que lo describe en su paso por la secretaría del Juan XXIII así: "...trataba de impresionar con su postura de rudeza y disimulaba así su exquisita sensibilidad y amor por los demás. Aún tengo presente su entrada a la secretaría; era de hablar poco pero de decir mucho. Me llamaba por el nombre y, si no acudía rápido, exclamaba: ¿Susi, acaso no me oyes?

*Nos conocía tanto que no era necesario llamarlo para que nos escuchara; pedirle y hablarle para que nos entendiera...pero, al mismo tiempo, lo percibimos como necesitado de ser escuchado, ayudado y entendido".*

En el día de su sepelio, Mercedes Arteche, profesora del Juan

XXIII, decía: "...Cómo no recordar su tiempo, su historia, su vida entre nosotros, en el Juan "su querida casa", y su capacidad para entrar en cada uno de nuestros corazones. ¡Un verdadero almacenador de afectos y de compañía!...Cómo no recordar la seguridad de sus afectos y su ternura y peculiaridad para amar, el de un niño que hace de su amor – pelea. Y aunque pretendía esconder la fuente generosa de su cariño, en definitiva, sabía que esa "hombría" debía ser entregada y compartida.

Cómo no recordar junto a su mayor pasión: la causa del Evangelio, sus otras pequeñas y humanas pasiones: el azul y rojo de su amado San Lorenzo, la novela de la tarde, sus sabrosos cuentos, las fiestas compartidas, la presencia permanente y el apego tierno a su familia; su amor a las plantas, su jardín; a 'Lorenz' (el canario) con la alegría de su canto, "ninguno es capaz de igualarlo y menos superarlo".

*Sus comidas preferidas; amante de la mesa familiar; capaz de agasajar y gustoso de ser agasajado...".*

Sus hermanos salesianos lo recuerdan como un auténtico y genial animador de la comunidad, creador del clima amigable, familiar, regenerante, genuinamente salesiano. *"Disfrutaba con el buen vino y la buena comida..."*; de la mesa, lo que más enseñó fue el gusto de la amistad con el chiste occurrente, con las anécdotas risueñas, con el diálogo chispeante, con fraternal porfías, con sabor a hogar. *"Benigno hizo de la amistad un culto"*.

Mantuvo los valores del amor y la entrega generosa por encima de otros; eso que desde adolescente llamó *"ganas de ayudar"*.

El Padre José del Col, hermano de comunidad y Rector del Juan XXIII, lo recuerda como: *"...búrb ero benéfico". El padre Benigno podía dar la impresión de una persona seria, reservada, distante; por momento parecía hasta desabrido. Pero era, por ejemplo, como un kiwi: rugoso por fuera, dulce por dentro. Yo le apliqué a veces el dicho "búrb ero benéfico" (sujeto tosco, pero benéfico) que en Italia se dice de persona que bajo modales uraños y bruscos oculta bondad y gentileza de alma...*

Tenía un verdadero culto de la amistad. Sabía ser amigo sincero y para siempre, prescindiendo de eventuales fallas que pudiera advertir en el amigo o amiga... Se gozaba en preparar asados y otras comidas para alegría de los hermanos de comunidad y de eventuales huéspedes. Y sabía sugerir recetas y asesorar a la señora Alicia, la cocinera de la comunidad... El mate, su compañero habitual, lo utilizaba para fomentar

el encuentro y entendimiento recíproco. Amaba las sobremesas. Promovía paseos comunitarios..."



Pero en este recorrido por la figura de Benigno, no podemos eludir una referencia a su casa familiar. Benigno hizo siempre, aun muy enfermo, de su familia un lugar de encuentro, de solidaridad y de maduración personal.

Tenía una sólida historia familiar que le gustaba compartir con otros. Mercedes y Jorge Espert, a propósito de esto, decían: *"En la vida de toda persona una fecha cualquiera se llena de recuerdo cuando en ella ha ocurrido algo significativo. ¿Qué decir del Padre Benigno? Atesoraba en ellas recuerdos entrañables de hechos que también habían sido suyos, como tesoros que le pertenecían. Su pasado y el de su familia fue algo que siempre estuvo dispuesto a compartir con nosotros. En las anécdotas, a veces alegres, a veces tristes, volvía a su tierra natal, a su Córdoba familiar; a su casa paterna, y compartía con nosotros esa galería de personas queridas, orgulloso de sus hermanos y sobrinos; entonces rebosaba de vida y de esperanza. Nos entregaba a su familia en su pasado y en su presente como señal de afecto y de su necesidad de recibir nuestro afecto; eran muestras reales y auténticas de alguien"*

que necesitaba crecer desde la soledad pero, también, desde la compañía”.

La durísima experiencia de su enfermedad en Bahía Blanca se alivió con la compañía de sus familiares más cercanos. Se vio rodeado de sus hermanos y sobrinos, y el cariño palpable y significativo de tantos mensajes y dibujos de sus sobrinos nietos.

No le resultó muy difícil ser profeta en el seno de su propia familia. Nuestro “hermano cura”, nuestro “tío cura”, así aparecía en las palabras de sus hermanos con una marcada evidencia de amor, de entrañable respeto y dedicación mutua que gozaban y vivían la confianza del sacerdote.

Su hermana menor, Dora, nos cuenta la nostalgia que les significó la partida del Padre Benigno a Italia y cómo, desde allá, les escribía a todos los familiares y fue el nexo que hizo presente en Argentina a la abuela de España. Dora lo recuerda como un gran colaborador de sus estudios: “...*Muchas veces fui al Instituto Villada en Córdoba, donde era profesor... En este instituto me ayudó a preparar los temas, orientó y guió mis prácticas en el magisterio, completaba mis ideas, graficaba láminas, carteles... Creo que mis cuarenta y dos años de docente, mi vocación, mi pasión, mi amor por los niños, en parte se lo debo a él... Tuve la suerte de tener cerca de mí a un tutor (palabra que leí en uno de sus libros preferidos de Martín Descalzo, escritor y sacerdote español).*

Alfonso (así era llamado Benigno entre los suyos) *fue mi tutor, me sostuvo en mi juventud... siempre trató de que venciera los temores, de no tener miedo de gozar de lo bello, de la alegría, y de creer en la bondad y en la esperanza*”.

Ya hemos hecho alusión, en la primera parte de esta carta, a las palabras de su sobrino Hugo. El mismo, de las vivencias más cotidianas recuerda el mediodía de los domingos en casa de los abuelos, la antigua casona de la calle Maestro Vidal, llena de plantas, con un árbol de nísperos, llena de pájaros que traía Alfonso; los olores agradables de la cocina, el bullicio de los nietos y las conversaciones de los grandes que, a veces, se hacían discusiones. Pero cuando llegaba Alfonso, disminuían; era hora de bendecir la mesa y de almorzar. “*Luego venía la sobremesa y la partida de naipes al “tute” o al truco, en la que el cura mentía más que nadie*”.

Hugo recuerda que, ante la penitencia que a veces recibía con sus primos, el tío Alfonso intercedía para atemperar los retos. *“Digamos, que también era padre nuestro”*.

Otra sobrina, Gladis, rescata de la memoria los campamentos que como buen salesiano organizaba en familia. Nos dice: *“cada vez que podía darse una escapada, reunía a los sobrinos desde corta edad y luego a los sobrinos nietos para compartir esta atractiva manía de trepar Los Gigantes, de recorrer el serpenteante y escabroso nacimiento del cristalino Río Panaholma, de desafiar el salto Nido de Aguila con una picada de cabecita en sus profundas aguas, en las sierras de Córdoba. Los campamentos duraban varios días. La colaboradora incondicional era su hermana Dora; la cocinera inigualable que saciaba al batallón con sus exquisiteces e inagotable paciencia era su cuñada María y, el compañero de fierro y estratega, su hermano Toribio. Compartíamos lo que pescábamos o cazábamos ocasionalmente y no nos impedía disfrutar el mal tiempo, pues cada clima y cada paisaje renovaba con su encanto, en cada vacación de verano o invierno, nuestra capacidad de asombro, las ganas de jugar, de descubrir y compartir... Estas expediciones y campamentos eran muy esperados puesto que era la ocasión en que nos reuníamos todos los sobrinos”*.

De algunas de esas excursiones, también recuerda Hugo que en una escalada Alfonso, con su inconfundible temperamento, alentaba especialmente a su hermana Dora para llegar a la cima y finalmente, en enero de 2001 en la Villa Cura Brochero, a pesar de su enfermedad disfrutaba de sus sobrinas nietas y de algún asadito. *“Esto era lo distintivo de Alfonso, su pujanza, su convencimiento para “elevar” al otro”*.

Un interesante rasgo de su personalidad lo refleja la citada sobrina al narrar: *“Cuando chicos las bromas y motes iban y venían, generalmente promovidas por el tío cura. A veces resultaban filosas y agudas para el gusto de algunos de nosotros, hasta que un día Mario Alfonso se atrevió a devolverle un tarareado “Alfonso, cada vez más grande y más zonzo” y, aquello que para nosotros parecía una agresión o impertinencia, fue festejado por el tío con una animosa carcajada alentándonos a ver las cosas con humor y amor...”*

Sin duda, así fue Benigno visto a la luz de esa vocación que pudo

entregar y entregarse según su lema sacerdotal: “*Cristo, todo en todos*” (Col 3,11). Que sigue estando en nuestro recuerdo como signo y antícpo de la esperanza. Porque su vida fue un desvivirse por la voz que lo llamaba a caminar en la fidelidad creyente y el amor verdadero que siempre perdura.

No podemos menos que concluir diciendo: ¡Bendito seas Señor, por regalarnos hermanos como Benigno, que nos transparentó tu rostro misericordioso y nos sigue invitando a identificarnos con Cristo!

La Comunidad Educativa  
del Instituto Superior Juan XXIII

Esta carta fue vio la luz gracias a la colaboración de numerosos laicos del Instituto Superior Juan XXIII. A todos ellos vaya nuestro agradecimiento. Por eso la atípica firma final.

---

#### DATOS PARA EL NECROLOGIO

**PADRE BENIGNO ILDEFONSO ROLDAN**

Nacido en Moriñigo (Diócesis de Salamanca, España) el 9 de febrero de 1924. Fue Director 6 años. Falleció en Bahía Blanca el 23 de octubre de 2002